

Nota: este documento ha servido de insumo principal para el discurso ofrecido por la Secretaria General Iberoamericana, y no representa necesariamente su intervención en el evento. Se pone a disposición para consulta.

III Congreso de Periodismo Cultural

La diplomacia cultural: el arte de la diplomacia y la diplomacia del arte

Santander, España – Centro Botín

15 de julio de 2017 – 10:00-11:30

“Iberoamérica como potencia cultural: herramientas para un nuevo escenario global”

Intervención de Rebeca Grynspan

Secretaria General Iberoamericana

Sergio Vila-Sanjuán, coordinador del suplemento *Culturals* de La Vanguardia, con mi agradecimiento por su presentación y sus generosas palabras.

Deseo iniciar por agradecer a la ciudad de Santander, a su alcaldesa Gema Igual, a la Fundación Botín y a la Fundación Santillana, y muy especialmente a Íñigo Sáenz, Ignacio Polanco y Basilio Baltasar, por la ocasión de conversar sobre la cultura con ustedes, sus periodistas y emisarios. Decía Borges, citando a Berkeley, que el sabor de la manzana no está en la fruta, sino en su contacto con el paladar, y que de igual manera la poesía no está en la página, sino en su comercio con el lector.

Me gusta esta idea porque nos recuerda que el acto de comunicar no es un acto neutro ni un evento unilateral, sino un diálogo que en sí mismo transforma la realidad. El periodismo cultural no solo reporta la cultura, sino que la expande, la amplía en sus

posibilidades, en su alcance y en su comprensión por un mayor número de personas. Lo que es más, el periodismo cultural es un elemento clave en la forma en que entendemos la cultura, lo que concebimos como expresión artística, y a qué le asignamos valor.

Y es de esto que quisiera hablar esta mañana. Del gran reto que significa, en nuestros días, hablar de la cultura de una manera más amplia, que incluya a más personas, que refleje mejor la complejidad y la diversidad de nuestras sociedades, y nos conduzca a apreciar esa complejidad y esa diversidad de forma que generemos mayor empatía y mayor cohesión social.

Desde este punto de vista, el periodismo cultural tiene un rol que jugar en ayudarnos a navegar el mundo incierto y fragmentado de nuestros días. Por todas partes, vemos manifestaciones de una tensión entre quienes quieren sociedades más abiertas o más cerradas, más diversas o más homogéneas, más incluyentes o más excluyentes. Sabemos bien que el resurgimiento de retóricas nacionalistas y aislacionistas en y Europa está fundado, en gran medida, en un contragolpe ante el acelerado cambio cultural que acompaña al proceso de globalización, a la migración y a las transformaciones demográficas.

Hay quienes perciben estos cambios como una amenaza a su propia identidad, como un choque frente a los “otros” que son distintos. Planteada en estos términos, la cultura es erróneamente entendida como un juego de suma cero. El escenario de guerras culturales se vuelve inevitable.

Yo creo que tenemos una tarea indispensable de transformar las guerras culturales en puentes culturales, la diversidad como una fuerza que nos enriquece y no como un riesgo que nos pone en peligro. De esta tarea depende que logremos volcar el péndulo hacia sociedades más abiertas y más inclusivas, las sociedades que demanda el mundo globalizado e hiper-conectado de nuestros días, en donde el encuentro con el “otro” se vuelve ineludible.

¿Cómo hacer esa transición? ¿Cómo potenciar el valor de la cultura para acercarnos en la diversidad, en lugar de subrayar nuestras diferencias? Primero que nada, creo que es importante declarar, desde la comunicación y el discurso, que no existe UNA cultura, sino múltiples culturas, que coexisten y se superponen en nuestros tejidos sociales, que se alimentan de las experiencias distintas de cada uno de nosotros, y que deben ser valoradas en su singular aportación.

Uno de los grandes temores cuando se empezó a hablar de la actual ola de globalización era el de la convergencia cultural, la estandarización, el *melting pot* donde todos dejaríamos de ser lo que éramos para convertirnos en una sola entidad cultural. Debemos cuidarnos de no ser nosotros los que invisibilizamos la diversidad, por tener una visión demasiado estrecha de la cultura.

Esto no quiere decir que toda expresión cultural sea idéntica en valor, sino que hay valor en todas partes. Para comprender esta idea, quisiera usar un ejemplo reciente de la experiencia de la Secretaría General Iberoamericana.

En la última Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, en Cartagena de Indias, elegimos como acto cultural un espectáculo de hip-hop interpretado por 16 jóvenes que aprendieron a bailar en las calles de los barrios marginales de Bogotá, Medellín y Cali. Los muchachos nos dijeron que estaban haciendo historia, pues nunca antes se había presentado hip-hop ante un grupo de Presidentes.

Aún en muchos círculos no se concibe que un acto tan institucional y protocolario tenga por programa cultural una danza urbana que nació en la calle. Seguimos creyendo que hay una alta cultura y una cultura popular, y percibimos que la primera tiene valor artístico y la segunda valor social. Esas barreras no solo son anticuadas, sino incluso un desperdicio: por ideas como esa, nos perdemos del talento y la creatividad que existe en todos los segmentos de la sociedad.

Yo siempre digo que el talento es lo que está mejor distribuido en el mundo, lo que no está bien distribuido son las oportunidades. Cuando creamos esas oportunidades,

cuando abrimos espacios para que esas expresiones culturales distintas puedan llegar a esferas donde generalmente no alcanzan, nos damos cuenta de que la excelencia tiene muchos rostros y adopta muchas formas. En verdad les digo que el espectáculo que presentaron los bailarines de *Recital Iberoamérica* es una de las coreografías más impresionantes y de mejor calidad que he visto en años.

Ese es el tipo de cultura que puede ayudarnos a navegar el nuevo escenario global, la cultura entendida como la forma en que convivimos, como un flujo horizontal, dinámico, vivo, entre todos los actores de la sociedad. Así lo establece la Carta Cultural Iberoamericana, que el año pasado celebró su décimo aniversario, y que reconoce la cultura como una “dimensión de la ciudadanía”.

Así, difundir cultura es más que el ejercicio de llevar una orquesta a tocar Beethoven en una comunidad rural. Es también aprender a apreciar el arte del grafiti o la cadencia del rap. Y digo apreciar porque se trata de eso: de comprender que todos podemos aprender y extraer algo valioso de expresiones culturales que, de entrada, nos resultan muy distintas.

Apreciar también quiere decir valorar la aportación económica que realizan las industrias culturales a nuestros países. En promedio, la cultura da cuenta de un 5,5% del Producto Interno Bruto de Iberoamérica. Para algunos países y ciudades, esa cifra es todavía mayor. Existen personas, en especial jóvenes, para las que la cultura es una cuerda de vida y la herramienta que les da solvencia y movilidad social. Urge entender la cultura también en esta dimensión de generación de empleo, de aprovechamiento del talento y generación de bienes a través de industrias culturales robustas.

Esto es particularmente importante en el contexto de densidad poblacional y convivencia en las ciudades. América Latina es la región más urbanizada del mundo. En torno a un 80% de la población vive en zonas urbanas y existen seis megaciudades que rondan o exceden los 10 millones de habitantes. Es necesario entender el valor de la cultura para hacer más habitables las ciudades y para redinamizarlas, como se ha dicho aquí, con ejemplos como Málaga o Medellín, que se posicionan a partir de la cultura.

Yo creo que Iberoamérica está en una situación privilegiada para hacer la transición de guerras culturales a puentes culturales, por varias razones, dentro de las que menciono tres: (1) la diversidad y el mestizaje que existe y se reconoce en la región; (2) la apuesta por la cultura como elemento de proyección internacional – la diplomacia cultural de la que habla este Congreso –; y (3) el hecho de compartir el idioma español y el portugués, que juntos constituyen la segunda comunidad lingüística más grande del mundo, con más de 800 millones de hispano y lusohablantes a nivel global.

Empiezo por la diversidad cultural. Todas las regiones del mundo son diversas. De hecho, uno de los errores elementales de la noción de la cultura como un juego de suma cero es que asume que la cultura es estática, y que se forja sin influencias. Quedan muy pocos pueblos en el mundo que no sean el resultado de un crisol de culturas. Iberoamérica ha logrado entender esto y ha llegado a celebrarlo. Lo entiende en la música, que mezcla el tambor africano con la guitarra andaluza y los ritmos indígenas. Lo entiende en el cine, en la pintura, en la danza, en el periodismo, donde hay mucho mayor intercambio y mayor movilidad que quizás en ninguna otra área profesional.

Como dice Jorge Drexler, Embajador Iberoamericano de la Cultura, “Iberoamérica es un laboratorio de integración” que nos brinda siglos de ventaja en alcanzar exactamente lo que está intentando el mundo hoy día.

En parte por esa diversidad, Iberoamérica es percibida como una potencia cultural, que llega hasta las esquinas más remotas, a veces por vehículos distintos a los que normalmente pensamos. Quizás la primera línea de nuestra diplomacia como región sean los restaurantes de tapas, de tacos y de ceviche que hoy se encuentran en cualquiera de las grandes ciudades del mundo. Uno camina por las calles de Tokio o de Estambul y se oye música en español en los parlantes.

Esa apuesta por la cultura es, además, amplia e inclusiva. No se limita a lo que pasa en los teatros y los museos, aunque sin duda tenemos ahí mucha presencia. Pero vamos más allá. La cultura iberoamericana se ha difundido desde la gente hacia la gente, y en

eso hay pistas para informar el tipo de convivencia ciudadana que demanda la actualidad.

Desde la SEGIB nos sentimos orgullosos de contribuir a este esfuerzo, ayudando a fortalecer la institucionalidad cultural de la región y a través de una docena de programas de la cooperación cultural iberoamericana, que es la más importante de la región, en términos de participación de países.

Finalmente, tenemos la ventaja de compartir el idioma español y el portugués, que son mutuamente entendibles y además los hablamos países con una gran cercanía geográfica e histórica. Lo decía antier Juan Manuel Bonet, Director del Instituto Cervantes, gran amigo de Latinoamérica y con quien hemos forjado una relación muy estrecha. Compartir estos dos idiomas, junto con las demás lenguas ibéricas y originarias de América, nos permite reducir los malentendidos y los abismos que generan las barreras idiomáticas. La lengua nos lleva al encuentro y esa es una ventaja que no podemos subestimar.

Nuevamente, hay aquí un valor económico que a menudo ignoramos: las investigaciones demuestran que compartir un mismo idioma es como compartir una misma moneda. Multiplica por cuatro nuestros intercambios comerciales y por siete nuestros flujos de inversión. Hay aún un potencial que no hemos terminado de explorar en esta área.

Queridas amigas, queridos amigos:

Con estas ideas quiero decir que, en el contexto actual, ustedes son portadores de una gran responsabilidad, pero también una prerrogativa. Ser periodista cultural es ser instrumento para contribuir a un mundo que se entienda mejor, que se acepte más y que no solo se tolere, sino que se valore, en su diversidad.

Un mundo que aprenda a construir identidades incluyentes, en donde no nos definamos en oposición a los demás, sino en nuestra propia complejidad y peculiaridad. Todos somos muchas cosas a la vez. Todos somos fruto de múltiples influencias. Un solo examen de ADN basta para demostrar que no hay fronteras tan claras entre “nosotros” y “los otros”. Tenemos mucho más en común de lo que sospechamos y, al mismo tiempo, todos somos igualmente diversos.

El mundo está, sin duda, fragmentado, ojalá sepamos aprovechar el valor de la cultura como pegamento.

Muchas gracias.